

El Amigo del Pobre

FRANQUEO
CONCERTADO

PUBLICACIÓN DECENAL CON CENSURA ECLESIASTICA

TIRADA 8.000 EJEMPLARES

FRANQUEO
CONCERTADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN—(Pagos adelantados)

10 números cada diez días, 2 reales al mes	
20 » » » » 1 pta. » »	
100 » » » » 5 » » »	
500 » » » » 25 » » »	
1000 » » » » 50 » » »	

Paquetes, sin suscripción de 100núms. 2ptas.
Incluidos gastos de correo, sin certificar.

«Este precepto os doy: Amaos los unos á los otros como Yo os he amado.»

(JESUCRISTO Á SUS DISCÍPULOS)

ADVERTENCIAS

Los encargos y suscripciones de la localidad en la librería «La Escolar,» Corrida 73, y en el comercio «La Epoca» San Bernardo 38 y 40.

La correspondencia de provincias al señor Dtor. de EL AMIGO DEL POBRE —Gijón.

LA HUELGA

Una estancia espaciosa; las paredes, en la parte superior, adornadas de poco escrupulosas pinturas; abajo, colgando de un clavo, los números de la prensa del día. En el centro varias mesas cubiertas de verdes tapetes, sobre los cuales andan esparcidos, en abigarrado conjunto, periódicos, recortes, cuartillas, pruebas, un diccionario enciclopédico. Alrededor de las mesas, escribiendo, leyendo, fumando, conversando, pierna sobre pierna, una docena de hombres, jóvenes en su mayoría, alguno estrafalariamente vestido.

Nos encontramos en una redacción...

—Oye, ¿qué te ha dicho el director?

—preguntan algunos á un chico que entra, seco, de raquítrico bigotín.—

—Que se ha comprometido seriamente á hacer declarar una huelga, y es, por lo tanto, indispensable. Para ello me encarga una alocución por el estilo de aquella con que promovimos la última: fuerte, muy fuerte y violenta.

Los compañeros le miran con envidia. Aquéllas eran preferencias mortificantes...

Gálvez toma asiento, coloca delante un puñado de cuartillas, moja la pluma, apoya el codo en la mesa y la frente en la mano, y después de pestañear unos momentos y distraer vagamente la mirada por los objetos que le rodean, encabeza una cuartilla con el siguiente título:

«¡AL PUEBLO!» Parándose luego unas veces á rascarse la cabeza, y otras á levantar la vista al artesonado del techo, prosigue: «Injusticias irritantes.—¡Se acabó la paciencia!—¡Despierta, Pueblo! ¡La huelga se impone!» Y, escritos los epígrafes, empieza la alocución:

«Obreros que sufrís, siendo los más. Pueblo que, siendo el más fuerte, gimes y lloras; socialistas y republicanos que soñáis con el día de las justicias, cada vez más lejos por culpa

de la pasividad vuestra; liberales todos, que mantenéis el deseo y alimentáis la noble ilusión de redimir al Proletariado de las monstruosas garras de la reacción inmunda que aprisiona y denigra á este desventurado país; llegó el momento de demostrar que sois conscientes de los derechos que gloriosamente os legaron las barricadas de la revolución; ha sonado otra vez la hora de que, unidos, compactos, formidables, os despleguéis en batalla contra el enemigo, fijando la mirada serena en los ideales sacrosantos que os son comunes!»

«La situación del proletariado se hace imposible. El trabaja, él padece, él produce, y el sudor ardiente que corre por su rostro no alcanza á reblandecer el mendrugo escaso que sus hijos muchas veces no pueden devorar. En cambio, ved á esos curas, capitalistas y frailes que, sin trabajar ni producir, engordan. El Proletario arrastra una vida miserable de hambre, de privaciones, distanciado de la felicidad, desprovisto de sonrisas y de encantos, mientras el clericalismo y la burguesía, usurpando el fruto de sus brazos, se regodean en el sibirismo más escarnecedor.»

«Pero nó; la copa del amargo sufrir en el silencio se ha colmado hasta los bordes, y está para derramarse imponente y avasalladora, y arrollará, hecho trizas, el indigno pedestal que sustenta las grandes desigualdades, que no es otro que la paciencia del pueblo explotado. ¡Despierta pueblo! En tu mano está el derribar á los infames que cerraron á tu hogar los aires sanos de la dicha y del placer, á los que te arrebatan el pan de tus hijos. Para llenar tus anhelos de emancipación, se impone la huelga general, sin reparar en los medios ni preocuparte por las consecuencias, cuando el fin es tan alto. ¡A la huelga todos! ¡A dar á entender al mundo que rechazáis lo que, siendo vuestro, se os concede de limosna!»

«Obreros, pueblo consciente, republicanos, socialistas y liberales: ¡mos-

trad una vez más que sois dignos de tremolar la bandera que el Progreso y la Revolución os confiaron!»

Aquí Gálvez dió salida á una aspiración profunda y rápidamente repasó las líneas trazadas. ¡Oh! entusiastas, efectistas, elocuentes, incomparables... Aquellos eran méritos indiscutibles para pescar el día menos pensado el primer puesto.

Y rebosando olímpicamente satisfacción, puso en las manos del director las cuartillas.

Después, entró otra vez en la redacción á charlar, á fumar, á divertirse... En aquel instante, una ráfaga de viento vino á azotar los cristales, cubriéndolos de livianos copos de nieve que al punto se derritieron. Fuera, en la calle, ¡qué frío debía de hacer!... A Gálvez le ocurrió cómo lo pasarían aquellos proletarios, de cuya vida miserable se lamentaba con tanta grandilocuencia en la alocución, mientras él estaba allí al abrigo, junto al confort de la estufa, fumando un magnífico habano, con la perspectiva de una cena reparadora y de una butaca en la ópera. Gálvez se frotó la frente. ¡Vaya unos pensamientos tontos, importunos!... Y volviéndose á sus compañeros, siguió echando bocanadas y entró en la conversación picaresca que llevaban aquéllos sobre las tiples del Novedades...

Las calles están anormalmente desiertas. Grupos de la benemérita y parejas montadas patrullan por la ciudad, declarada en estado de sitio...

La huelga ha ocasionado motines, y tiros, y sangre... Las cárceles atestadas... Algunos hogares han visto cortada bruscamente su dicha por un pedazo de plomo...

Cuatro individuos de la Cruz Roja vienen por la calle solitaria, llevando lentamente en hombros una parihuela...

La sala de un Hospital.

Rodean una camilla que acaba de llegar los médicos, los enfermeros, dos hermanas de la caridad, un sa-

cerdote y el reporter, chico seco, de raquitico bigotín, que observa con el lápiz en la mano. Es descubierta la parihuela y aparece un cuerpo bañado en sangre, de facciones contraídas en la última mueca del estertor agónico... Por el bolsillo de la chaqueta azul que viste el cadáver asoma un número del periódico que convocaba á la huelga. Entre cruentas salpicaduras, puede leerse perfectamente este rótulo: «¡AL PUEBLO!»... A Gálvez se le escapa un gesto de espanto que nadie advierte; pero enseguida, recobrando su actitud estoica, saca papel y escribe unas líneas. Se despidе melosamente de los circunstantes, lamentando la desgracia con frases almibaradas... y sale á la calle.

Una docena de huelguistas, custodiados por la Guardia civil, atraviesan el arroyo. Gálvez empuña de nuevo el lápiz y continúa caminando, obsesionado, á pesar suyo, por la figura del muerto y del periódico salpicado de sangre y por la vista de aquellos infelices que, seducidos por sus palabras, iban á la cárcel, mientras él andaba libre...

Gálvez llega á la redacción. El Director y los chicos le salen al encuentro, felicitándole por el éxito brillante de su proclama... Aquellas lisonjas ahogan los escrúpulos. Gálvez se sienta entre las adulaciones de todos, y sonriendo con vanidad, pega fuego á un magnífico habano, en el mismo punto que el recio sonido de una descarga hace temblar débilmente la cristalería...

Isidoro Bover Oliver.

De sumo interés

Gijón va á estar de duelo. Un hijo de esta villa, diputado republicano por más señas, va á proporcionar, en colaboración con otros cuantos amantes del obrero, el primer beneficio de su influencia á este su pueblo natal estableciendo en él una escuela laica, neutra ó anticristiana para que los pobrecitos hijos de los trabajadores se hagan más desgraciados todavía. (Los hijos de los ricos ni los de los fundadores de estas escuelas, no van á ellas, pero sí á las de los católicos.

Nosotros que sentimos verdadero interés por las clases desheredadas y explotadas por esos infames que á costa de malas predicaciones y de hacer víctimas van llenando la bolsa, dedicaremos el próximo número á poner en claro lo que son y significan estas escuelas de la incredulidad y por consecuencia del crimen, á fin de que cuantos nos lean no se llamen después á engaño.

Nuestro número será repartido profusamente por las calles de esta villa. Los que deseen ayudarnos con sus influencias y dinero en la propaganda sírvanse advertirnoslo en tiempo.

LA GALERNA

Sin parar mientes en la animación y bullicio que á tales horas invadían el puerto, Juan y Pedro colocaban silenciosos sus redes en el fondo de la falúa.

Se disponían para la pesca.

—¡Vamos, más vivos!—gritó Juan, dirigiéndose á los suyos.

Pedro interrumpió la faena, sin dirigir la vista á su camarada, exclamó con voz seca y trémula:

—Juan, quédate en tierra.

Juan se encogió de hombros.

—Te doy un buen consejo; créeme, vete á casa.

Juan miró al cielo, fijó después la vista en el mar, y como no viera una nube en el horizonte ni la menor agitación en las aguas, dijo:

—¡Basta! Sois unos perezosos. ¡Siempre la misma música! ¿No soy yo el patrón? Pues calla y obedece.

—Como quieras,—replicó Pedro, con voz sorda;—pero... acaso te pese.

Juan iba á replicar, cuando apareció el resto de la tripulación de la falúa; en un abrir y cerrar de ojos quedó todo listo, y de allí á poco, el barco cuyo timón dirigía Juan, se internó mar adentro, como un ave marina que despliega las alas sobre la superficie misma de las olas.

Juan tenía sesenta años, y aún se conservaba derecho como un roble: poseía una fuerza extraordinaria; su rostro, tostado por el sol y curtido por las tormentas, parecía de cuero; de enormes manos y mirada triste, apesar de los peligros arrostrados en su larga vida de pescador, apenas si tenía algún que otro pelo blanco en su enmarañada y espesa cabellera.

Cuando todos los del oficio se quedaban en tierra firme, temerosos del temporal, Juan, á bordo de su falúa, abandonaba la costa para volver á ella con abundante pesca, algunas horas más tarde.

Desafiaba todos los peligros, respondiendo siempre á las voces de la prudencia con la misma frase:

—El mar no puede hacerme traición; hace mucho tiempo que somos buenos é inseparables amigos.

En tan rudo trabajo, había ganado una modesta fortuna, que no le perdonaban sus compañeros, quiénes le envidiaban y aborrecían profundamente.

Porque iba bien vestido y aseado, le llamaban orgulloso; avaro porque no frecuentaba la taberna, y cruel porque era severo.

Su gente le odiaba además porque aborrecía la holganza, y porque creía que el dinero que ahorraba se lo robaba á ellos.

—¡Se dejaría matar por un pescado de menos!—decían.

Pedro atizaba estas malas pasiones y fomentaba las quejas, para desacreditar al patrón y ganarse la voluntad de semejante chusma.

Este marinero, rechoncho como un sapo y estúpido como una bestia, era de condición perezosa y cobarde, y ya hubiera jugado una mala partida á Juan, á no temer la fuerza de sus puños.

La falúa siguió caminando; cuando ya la costa hubo desaparecido á la vista y llegaron al sitio donde había de empezar la pesca, Juan se levantó, gritando:

—¡Ea, manos á la obra!

Nadie se movió.

—¿Habeis oído...? ¡Mil truenos! ¿En qué demonios estais pensando?

Pedro se levantó pausadamente, interrogó á sus compañeros con una mirada torva, y encarándose con su patrón, repuso:

—No has querido hacer caso de mis advertencias; te has obstinado en acompañarnos... ¡tanto peor para ti!

Pedro se levantó, livido de cólera.

—¡A preparar las redes!

—No traemos esos propósitos,—aulló Pedro.

—¡Canalla! ¿Quieres hacer lo que te mando?

—Ni yo, ni nadie: ¿lo entiendes?—dijo Pedro, cruzándose de brazos.

Juan, comprendió la rebelión que animaba á todos los marineros, trató de atraérselos amistosamente.

—Vamos, Pedro, ¿te has vuelto loco? ¿Por qué te niegas á obedecerme?

—¿Por qué?—prorrumpió, riendo brutalmente;—porque nos fastidias; porque estamos hartos de tí; porque no queremos que nos explotes; y en fin, porque estamos dispuestos á deshacernos de tí ahora mismo.

Al oír esto, Juan, ciego de ira, avanzó hacia Pedro, y de un puñetazo, dió con él en el fondo de la falúa.

—¡Echadle al agua!—vociferó Pedro. Y en un instante, dieciseis brazos se apoderaron del patrón y le arrojaron al mar.

Hubo un momento de silencio; algunas nubes empezaban á oscurecer el sol, el viento se agitaba con irregulares intermitencias, y las olas iban aumentando en número y en volumen.

De pronto, oyese la voz de Juan que decía:

—Pedro, Pedro, recuerda que fuiste mi amigo.

—Empuñad los remos.

—¿Adónde vamos?

—A cualquier parte.

Ya se disponía á partir la embarcación; sintióse ruido de uñas que se asian á uno de los costados, sobre el cual apareció una mano, la mano de Juan, quién con voz suplicante exclamaba:

—Pedro, Pedro: recuerda las veces que he dado pan á tus hijos; ten compasión de los míos; aún es tiempo; sálvame, y me olvidaré de todo lo que está pasando.

Pedro, por toda respuesta, desencajó la barra de hierro que estaba unida al timón, y blandiéndola en el aire, la dejó caer con toda su fuerza sobre la cabeza de aquel desgraciado, cuya voz, con un gemido, se extinguió para siempre.

En tanto, el temporal había arreciado; las nubes en apretado círculo cerraron el horizonte, brilló el relámpago, y el aire y el mar se revolvieron con rugidos de fiera.

La falúa, juguete del oleaje, se sumergió en las tinieblas, y la tripulación, sobrecogida de terror, empuñó los remos, anhelante de ganar la orilla á toda costa.

—¡Aligerad el bote,—ordenó Pedro. Y al punto, fueron al agua las redes, canastos, capotes, provisiones y cuanto la embarcación contenía.

Todo en vano; el huracán, cada vez más violento, llegó á desencadenarse con tal furia, que, todos aquellos expertos marinos, abandonando los remos, prorrumpieron desesperadamente:

—¡No hay salvación! ¡La galerna!

Al rayar el otro día, algunas barcas pescadoras que se dirigían á su acostumbrada tarea, se vieron tristemente sorprendidas por los restos de un naufragio. M.

De nuestro queridísimo compañero «Galicia Nueva» valiente semanario, órgano de la ilustrada juventud católica de Coruña, copiamos la siguiente «narración» fiel reflejo de ese mal social que el lujo ocasiona y que tan extendido se ve ya desgraciadamente por todas partes. ¿Servirá este caso y su fin lógico para enseñanza de muchos padres é hijos? Nosotros con este objeto lo publicamos.

EN UN BARRIO DE LA CORUÑA

La gran gresca por una modista

La gritería era ensordecedora; los denuestos y los calificativos más pintorescos se cruzaban de parte á parte; cada vez se aumentaba el número de los contendientes terminando por encontrarse en el patio todos los inquilinos de la casa de vecindad.

—¿Qué tienes que decirle á mi hija, vamos á ver?

—Que es una sinvergüenza y tú otra mayor... venir á armar todo este escándalo sólo porque le salpiqué el vestido con agua de

lavar la sardinas... claro, el traje no es propio de este cuchitril, ni de quien no tiene que comer más que las sobras que le dan a su madre en las *casas de asistir*.

—Lo que tú tienes es envidia porque a tu hija Juanita nadie le dice «buenos ojos tienes».

—Los señoritos no se lo dicen, porque ella es lo bastante honrada para no consentirselo; pero para que lo sepas está en relaciones y se casará muy pronto con Luis Fernández que es uno de los mejores oficiales de ebanista que se pasea por la Coruña.

—Déjala, María; hay madres tontas, y esta es una de ellas: consienten que sus hijas vayan hechas unas princesas y después se quejan al ver que se avergüenzan de ir con sus madres.

—Mamá, no conteste á esas ordinarias.

—Mira la señorita de dos al cuarto.

—Duquesa del no comer.

—Princesa del pingajo.

—¡Famenta!

—¿De dónde sacaría esos lujos?

—¿De los dos reales que gana en la costura?

—¿Con eso se gastan zapatos de cuatro duros?

—¿Y corsés de siete? y...

Un portazo formidable fué la respuesta; la joven cogiendo á su madre por un brazo la metió en la misérrima habitación que hacia oficio de dormitorio, comedor etc. etc. y en el que resplandecía la mugre que se veía por todas partes.

—Esto de tener una cocina común es cosa que no puedo sufrir, así están enteradas de lo que uno guisa.

—¿Qué le vamos á hacer?

—Mudarnos de casa.

—Aun no podemos pagar las cinco pesetas que nos cuesta ésta y...

—No tengo donde colocar nada, hoy me mancharon el vestido con agua de lavar sardinas... ayer una blusa con una cabeza de merluza... ¡qué vergüenza, si Augusto supiese dónde vivo!

Entretanto continuaban los comentarios en el patio.

—¡Pobre Petra! esa hija acaba con ella; la pobre trabaja todo el día como una negra sin que reciba de Julia más que malas contestaciones.

—Ayer venía Julia con el señorito que la acompaña ahora, y al ver de lejos á su madre le hizo señas de que no se acercase... venía la infeliz de fregar la casa de doña Amalia, mojada y sucia; el contraste con su hija era tremendo.

—La pobre no está nada bien, el médico le dice que no debía de trabajar tanto; pero como la holgazana de su hija no la ayuda á nada ella tiene que hacerlo todo.

—Hoy en casa de mis amas estuvo una señora forastera criticando á las modistillas de la Coruña por el lujo que llevan; dice que en Madrid no van así; que muchas usan mantones de crespón...

—Si le dices á esa *Marquesa del mal mirar* que se ponga un mantón, por muchos flecos que tenga, te lo tira á la cara.

—Si hubiese sido formal, ya Juan Ruiz, el carpintero sería hoy su marido; pero al ver el rumbo que tomaba, la dejó y ahora cada semana la acompaña un nuevo señorito.

* *

¡¡Pobre Petra!! murió como una santa, gracias á Juanita que avisó al P. Pérez y la atendió hasta el último momento.

—Si no fuese por ella moría como un perro... su hija no demostró el menor sentimiento... mirala allí viene.

Julia venía en efecto con traje negro muy ceñido y muy corto, luciendo la media calada; el exagerado escote lo velaba tenue gasa; una mujer de aspecto nada recomendable la acompañaba.

¡Pobre Julia! mis predicciones se confirman, desgraciadamente.

—¿Por qué lo dice usted?

—Por la persona que la acompaña, que nunca la conducirá por caminos honrados y decentes.

MARIETA.

Charla

—¿Le parece á V. bien que hablemos algo, acerca de la cuestión social?

—¡La cuestión social...! eterna pesadilla de nuestros *grandes* políticos, de nuestros *ilustres* estadistas, de los más *eminentes* sociólogos del mundo, de patronos, de obreros, de ricos y pobres, sin que, á pesar del incalculable número de combinaciones y fórmulas, se haya *podido* dar con la solución del problema, que ya califican de *dificilísima*.

—Y lo es. No hay manera de arreglar esto, tal como van las cosas.

—Ahí está el quid de la cuestión, el estorbo para la solución verdad: en el modo «como van las cosas» por el camino del error y del desorden.

—¿Qué quiere V. decir?

—Siéntate y escucha, ya que tienes deseos de que hablemos de la cuestión social.

Empecemos reduciendo el asunto, como si dijéramos, á su más mínima expresión: al individuo.

Sea éste un hombre sin creencias religiosas y dominado por sus pasiones y apetitos, mundano, según el sentir de ahora, ¿podrá confiarse en él, para obras de rectitud y nobleza?

—¡Quiá, de ningún modo!

—El mismo, en medio de su estado *independiente y libre*, ¿hallaráse satisfecho?

—Yo, á esta clase de gentes, siempre la veo renegando.

—Pues, ahora, á este individuo, colócale en un hogar; dale esposa é hijos, ¿regirá bien su casa?

—Si no sabe, ó no puede regirse á sí mismo, ¿cómo va á regir á otros?

—Muy bien hablado. El padre, ó sea el principio de autoridad, no cumple con sus deberes; por consecuencia la madre y los hijos obran á su antojo, sin darle cuentas, ni reconocerle como cabeza de familia, ¿qué tal irá esta casa?

—Como un infierno.

—Claro que sí. En ella falta la observancia de la ley de Dios, el respeto debido al jefe de la casa, porque el jefe de la casa no solo no sabe imponerse sino que incita á la rebeldía con sus malos ejemplos. Tal sucede en la sociedad que no es más que una gran familia, y por esto, la cuestión social, se presenta cada vez más negra é insolucionable.

—Yo creo que, sin acudir de lleno á la religión, pudiera hacerse algo...

—¡Cuántos sistemas se han inventado y se han puesto en práctica, sin que hayan podido dar el efecto apetecido, ni siquiera por algún tiempo! ¿No ves que la religión es la base del orden social, es la única que puede satisfacer todos nuestros anhelos de dicha verdadera?

Fíjate, sinó, en estos cuadros sociales.

Unos cuantos hombres, que tienen en sus manos el poder de gobernar,

no lo hacen con arreglo á las leyes de Dios, sinó que, más ó menos directamente á ellas atacan siempre, despreciando su eficacia y consintiendo en sus *governados* toda clase de libertades contra la religión y sus dignos ministros. Es más, de vez en cuando, para dar descanso á sus luchas por el medro personal, se atreven á dictar leyes francamente atentadoras al orden social, porque son leyes contra lo que la religión de Cristo manda.

Alentados y protegidos con estos malos ejemplos de los de arriba, vense por ahí una multitud de revoltosos sin conciencia, infames propagandistas de las más destructoras doctrinas, falsos redentores del proletariado, logreros, agiotistas, revolucionarios de todas castas y formas, con lo que no parece la sociedad sino un presidio suelto, donde no hay más leyes que las de la fuerza y el crimen.

Y no pronuncies, en medio de este *maremagnum* horroroso, el nombre de Dios, para contener á tanta fiera que no tiene sino instintos de destrucción, porque, ó se te perseguirá de muerte, ó se te mirará con burla como á un estrafalario.

Contempla á esos favorecidos de la fortuna, mira cómo viven y cómo gastan, y dime si, su conducta, es la que corresponde á hombres de recta conciencia: ¿se cuidan de las necesidades de sus prójimos? De vez en cuándo, les tiran un mendrugo, para entretenerles el hambre, y nada más. Esto, visto por un pueblo que, poco ú poco, efecto de la libre propaganda del mal, va perdiendo hasta la idea de Dios, ¿qué ha de producir, sino odios terribles, crímenes á montones?

—¡Verdad es, verdad es! Yo tengo creencias religiosas y, no obstante, me cuesta trabajo contenerme, cuando veo el lujo, el despilfarro y la tiranía con que nos provocan esos ricos que Dios confuda.

—El patrono que, por estar más en contacto con el pueblo trabajador, tiene sobrados medios de hacer mucho bueno, de contener mucho el mal social, deja también, con raras excepciones, bastante que desear. No obra en justicia con sus obreros, no les trata como á amigos que le ayudan con sus esfuerzos, á costa de su salud, á acrecentar su fortuna; no les agradece su interés, pero sí les reprende el más pequeño descuido, porque mira en ellos únicamente el modo de acrecentar el *tanto por ciento* de sus negocios. ¿Que el pobre trabajador sufre privaciones? Que las sufra. ¿Que tiene mucha familia y no puede alimentarla debidamente? Eso no es cuenta del amo del taller ó de la fábrica. El obrero que no pierda ni un momento de trabajar, que dé todo el rendimiento que el patrono desea, y lo demás, allá cada cuál... ¡La ley de Dios es olvidada! El obrero no puede querer bien á este amo que así le impone yugo de esclavo. De ello, cuánto se lamentaba nuestro inolvidable León XIII.

Si el obrero, así tratado, así *considerado*, es de los que no esperan más cielo que el que puede disfrutar en esta vida, ¿llevará con paciencia estas privaciones y tiranías del capital? No, que le tiene declarada guerra á muerte, guerra sin cuarteles; por esto, grita constantemente: ¡viva la lucha de clases! y por esto, asesina siempre que puede.

Fíjate ahora en cómo vive el obrero, el pobre obrero.

Infames propagandas, le han arrancado la joya de más valor, la Fé; le han quitado de su vista el sublime cuadro de Nazaret, donde Cristo obrero se le ofrece como modelo de laboriosidad y resignación.

Después, el periódico pornográfico, el teatro, el cine, ect, ect, le vienen á exaltar sus pasiones, ya sin freno, sus ambiciones de placeres y comodidades, sus ansias de no trabajar y tener dinero.

Ya el obrero, así *educado*, es materia abonada para toda clase de venganzas é iniquidades, y le esclavizan en esas sociedades llamadas de resistencia, socialistas y anarquistas, haciéndole declararse en huelga, cuando al *señor Tal* ó al *señor Cuál* convenga, con un pretexto cualquiera, para servir á algún fin político, que de todo hay, encomendado al famoso *leader X.* ó *Z.*, capitalista por más señas en fuerza de predicar contra el capital y la

tiranía burguesa. No se conforman con estas explotaciones al pobre obrero los que le consideran como *masa disponible* y no como hermano en Jesucristo, sino que, frecuentemente, le dicen: ¡revelatel, ¡asesina!, y él se revela y asesina, creyendo servir así á la redención (?) del obrero. El que era un ciudadano honrado, ya es un criminal, ya está *regenerado*.

¿Y crees tú que, sus compañeros, escarmientan con estas cosas? Al contrario: se estimulan más en sus odios, se aferran más á sus instintos de «sangre y exterminio», y reverencian como á mártires de una idea *noble* á los que no han podido descender más en su degradación...

—¡Basta, señor, basta! ¡Esta sociedad no tiene remedio posible! ¡Toda ella está podrida!

—Dios ha hecho sanables las naciones. En la incógnita del problema social, pongamos á «Dios», y entonces la hecatombe que nos amenaza, por separarnos de Él, desaparecerá para siempre, viniendo en su lugar paz y ventura, justicia y libertad verdaderas.

—Perfectamente; pero nosotros, por nuestra parte, ¿qué hemos de hacer?

—Afortunadamente, aún los obreros honrados y cristianos sois los más en España, sólo que, por desidia ó miedo, os dejais manejar de un redu-

cido número de malvados: pues bien, sed valientes, imponéos, acorralad con vuestra firme unión la impiedad, no transijáis con ella por nada ni por nadie, ni en el periódico por afán de saber noticias, ni en el teatro por *necesidad* de distraerse, ni en el mitin por oír á éste ó al otro parlanchín, que van buscando su lucro personal y no vuestro mejoramiento, ¡bien le importa á él vuestro mejoramiento! Fuera, en una palabra, cuánto vaya contra las leyes de Dios, que son la base del orden social y la salvación de los hombres. Regeneraos así, con esta lucha noble y santa, á vosotros mismos, después con vuestro buen ejemplo á vuestras familias, á vuestros compañeros de taller, y seguid... seguid extendiendo el beneficio hasta cubrir con él esta sociedad, hoy abundante en maldades y cobardías.

—Yo creo que V. tiene razón. No es que los malos se impongan por el número, sino por nuestra pusilanimidad. De mí no se reirán más. Pongo al tiempo por testigo.

Correspondencia administrativa

Sr. D. B. M. L.—Madrid.—Pagó á fin 1911
Sr. D. S. P.—Quintana.—Id. á fin Agosto 1912
Sr. D. I. A.—Madrid.—Pagó hasta fin de 1911.

¡ANUNCIANTES!

no desatendais esta **Sección** que invierte sus utilidades en libretas de la Caja de Ahorros, para familias pobres: : : : : : :

Monte de Piedad y Caja de Ahorros DE GIJÓN

Establecimiento benéfico bajo el protectorado del Ministerio de la Gobernación.

CALLE DE SAN ANTONIO, NÚM. 16

Monte de Piedad

Se presta sobre alhajas, ropas, efectos, muebles valores, etc., al 6 por 100 al año.—Subasta todos los primeros domingos de mes, de diez á una, y si no se concluyese, se prosigue en los domingos siguientes.—Se admiten depósitos en custodia.—Cantidad prestada en este Establecimiento en los seis años de existencia: 6.539.927 pesetas.

Caja de Ahorros del Monte de Piedad

Intereses que abono esta Caja: El 3 por 100 anual en las imposiciones reembolsables á la vista.—El 3 y medio por 100 anual á las imposiciones reembolsables á los seis meses.—El 4 por 100 anual á las imposiciones reembolsables á doce meses.—Hay libretas para poder ahorrar desde cinco céntimos de peseta, en sellos.—Además se venden huchas á seis pesetas, y se alquilan á dos reales al año, para ahorrar á domicilio.—Compra y venta de valores por cuenta de los imponentes.—Cantidad ingresada en nuestra Caja de Ahorros en los seis años de existencia: 7.048.320 pesetas.

Horas de oficinas: De 9 á 12 y de 3 á 6

Fábrica de Chocolates AGUSTINA UJO.—(ASTURIAS)

Proveedora de los principales Economatos y Cooperativas de Asturias y del Economato de la Compañía de ferrocarriles del Norte.

190.000 libras de chocolate vendidas en 1910

BANCO DE CASTILLA SOCIEDAD ANONIMA FUNDADA EN 1875

Infantas, 31. MADRID

Agencia de Gijón: Calle de los Moros

Cuentas corrientes, Giros, Cobros, Comisiones, Compra y venta de efectos públicos, monedas y billetes de Banco extranjeros, Cartas de crédito, Descuentos, Préstamos, Cuentas corrientes con garantía de valores, Depósitos, etc.

CAJA DE AHORROS

Imposiciones desde UNA peseta en adelante al 3 por 100 de interés anual.

INVITACIÓN

Agradecemosla al importante diario de Bilbao *La Gaceta del Norte* para la fiesta que, con ocasión del sorteo de los premios ofrecidos por dicho incomparable rotativo católico se celebrará el día 1.º del próximo Octubre.

La solemnidad promete ser un acontecimiento de primer orden; basta para ello decir que harán uso de la palabra el Excmo. é Ilmo. Señor Obispo de Jaca y el R. P. Dueso. Cuenten con nuestra más entusiasta adhesión.

Al periodista católico

Valiente y esforzado paladín,
Que en la brecha trabajas, sin cesar;
En pago de tu rudo batallar
¿Qué recibes del mundo falso y ruín?

—Amarguras sin cuento y un sin fin
De calumnias, de hiel y de pesar,
Que á menudo te obligan á exhalar
Tristes quejas de amante serafín

—Tu trabajas, sin tregua ni demora
Por hacer á los hombres venturosos,
Predicando la paz encantadora;
Si muchos te desprecian orgullosos,
¡Ay! No cejes un punto. Gime y ora
Que á tu lado estarán los virtuosos.

HARILIO GARÓN.

¿Que es la escuela laica?

«El fin de la escuela laica no es enseñar á leer, escribir y contar. Sólo los espíritus frívolos é ignorantes pueden llegar á creer semejante cosa.

El que conoce la manera de ser de esas escuelas sabe muy bien que en realidad son máquinas de guerra contra la Iglesia.

Toda escuela laica tiende á hacer *librepensadores*. Si así no lo hiciera, defraudaría nuestras promesas; es un absurdo que una escuela laica se mantenga en respetuosa neutralidad religiosa.

La escuela laica es un molde en el que se vacía un hijo de cristiano y se transforma por la enseñanza en un apóstata.»

MONSIEUR DELAIGNE.

Imp. de Lino V. Sangenis.—Gijón